



La academia ante el COVID-19: “No pudimos imaginar alternativas rápidas”. Entrevista a Gustavo R. Cimadevilla, presidente de ALAIC

Academia in the time of COVID-19: “We were unable to imagine quick alternatives”. Interview to Gustavo R. Cimadevilla, chairman of ALAIC (Latin American Association of Research in Communication)

*Andrea Marina D’Atri**

Recibido: 27/04/2020 | Aceptado: 10/06/2020

El argentino Gustavo Cimadevilla, referente en estudios de comunicación y desarrollo, evalúa en este reportaje la incertidumbre que el aislamiento social producto de la pandemia COVID-19 suscita en el ámbito educativo universitario. Presidente de la Asociación Latinoamericana de Investigación en Comunicación (ALAIC) —entidad que debió suspender su congreso bianual por el cierre de fronteras en el mundo—, propone dejar de lado las sospechas mutuas entre política y academia, y argumenta por qué es necesario contar con más tesis o conocimientos relevantes en ciencias sociales.

Gustavo R. Cimadevilla es profesor titular del Departamento de Comunicación Social de la Facultad de Ciencias Humanas en la Universidad Nacional de Río Cuarto, donde se formó como licenciado en Ciencias de la Comunicación y posteriormente se doctoró. En el trayecto, concluyó un máster

en Extensión Rural en el Centro de Ciencias Rurales de la Universidad Federal de Santa María, en Brasil. Santa María, RS, Brasil, 1990. Su tesis doctoral del 2002, “Dominios. Crítica a la razón intervencionista, la comunicación y el desarrollo sustentable”, obtuvo el Primer Premio del Concurso de Tesis Doctorales de la Federación Latinoamericana de Facultades de Comunicación Social. Seguidamente, realizó un postdoctorado en el marco del Programa Globalización, Cultura y Transformaciones Sociales de la Universidad Central de Venezuela.

La convergencia entre comunicación y desarrollo, los medios y las nuevas tecnologías, la formación y evaluación en ciencias sociales son algunas de sus áreas de interés, en sus más de treinta y cinco años de trabajo en la docencia e investigación académicas.

En 2018, al efectuarse el último congreso bianual de la organización en San José

*Argentina. Periodista y Licenciada en Comunicación Social, docente e investigadora del Departamento Comunicación en la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional de La Pampa. Doctoranda en Ciencias Sociales en la Universidad Nacional de Río Cuarto. andreadatri2012@gmail.com



de Costa Rica, Cimadevilla se convirtió en el primer argentino en presidir ALAIC —Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación—, cerrando así un trayecto de participación extenso en una institución rectora del desarrollo de los estudios de comunicación en América Latina. El congreso del año 2020 debió suspenderse ante la declaración de la pandemia COVID-19, que llevó a la mayor parte de los países del mundo a cerrar sus fronteras y obligar al aislamiento social. En este contexto, y dado que no había otro modo, efectuamos la siguiente entrevista virtual.

E.: Es un momento impensado por la pandemia COVID-19 y el aislamiento social. El congreso de la ALAIC debió prorrogarse. ¿Cómo interpela esta situación a la comunidad académica?

G. C.: La epidemia nos encontró a todos —por referirme a quienes estamos en asociaciones de académicos con eventos programados— sin la experiencia suficiente como para imaginar alternativas rápidas. El congreso de Medellín estaba a tres meses de realizarse y, por lo tanto, ya mucha gente tenía sus pasajes y alojamientos reservados

y toda modificación que hiciéramos generaría muchos inconvenientes. De modo que para nosotros las preguntas se multiplicaron y no fue fácil llegar a las decisiones principales. La propia dinámica de la pandemia, por la cual la mayoría de los países determinaron políticas de aislamiento y control, confirmó después que en realidad no había alternativa. Era sí o sí prorrogar.

E.: Las universidades nacionales suspendieron clases o están cerradas, o solo trabajando en sus áreas no docentes. De un día para el otro se virtualizaron numerosos escenarios de trabajo. ¿Cuál es la reacción y cómo podemos evaluar la situación?

G. C.: El sistema universitario argentino, a diferencia por ejemplo del brasileño, totalmente dependiente de su Ministerio de Educación, es muy particular. Aquí la descentralización universitaria tiene más historia y políticas que la avalan, de modo que eso repercute en las dinámicas que cada universidad adoptó; por cierto, muy distintas. La Universidad de Buenos Aires, por ejemplo, replanteó su cronograma académico a partir de junio del 2020 y con las modalidades ya vigentes; en tanto

otras universidades buscaron alternativas de reprogramación mixtas, en donde mantuvieron los calendarios incluyendo la modalidad virtual. Algunas están totalmente cerradas y, otras, manteniendo alguna posibilidad de contacto en las infraestructuras.

No tengo condiciones para evaluar ese escenario porque es muy variado. Lo que sí podría decir, en virtud de la información que llega y otras manifestaciones públicas, es que los intentos de virtualización de la educación en las instituciones públicas —quizás las privadas tengan mayor experiencia— se caracterizan por la heterogeneidad, cierta magnificación en las expectativas, baja presencia de diagnósticos que muestren las condiciones en las que operan las conexiones, emisiones y participaciones, y una latente necesidad de evaluar todas esas experiencias para no generar falsos pronósticos, avales apresurados y evaluaciones que habiliten a ciertos estudiantes y desconozcan que otros ni siquiera se enteraron de que las carreras continúan dictando sus clases u otras variantes por el estilo.

E.: La situación laboral en la comunidad docente también es un factor clave.

G. C.: Es también un gran interrogante. Las universidades nacionales tienen más de ciento ochenta mil cargos docentes, con una mínima cantidad de dedicaciones exclusivas —once o doce por ciento—, de modo que todos aquellos que tienen dedicaciones menores seguramente tienen repartidas sus preocupaciones con otros trabajos y realidades y no sé hasta qué punto pueden acompañar los procesos de virtualización. En quienes sí están siguiendo esos procesos virtuales hay muchos interrogantes sin resolver, advertencias respecto de las limitaciones que tienen estas experiencias de virtualización y mucha, pero mucha, buena

voluntad. Que no alcanza, porque entiendo que una de las debilidades claves de toda la experiencia es que debió ser improvisada.

E.: Pasando a un plano no tan coyuntural, en tu opinión, ¿cómo se describe en el presente el nexo entre la investigación en comunicación y las políticas públicas?

G. C.: América Latina es inmensa y muy diversa. Haciendo esa salvedad que sirve para decir que hacia adentro hay ejemplos para todo, yo diría que en general hay cierta desconexión entre la academia y muchas esferas de lo social y lo político. Y unas cuantas paradojas. Una es que la academia necesita sí o sí de políticas positivas en el campo de la ciencia y la técnica porque, de lo contrario, no hay financiamiento. El financiamiento para la investigación o incluso la intervención social —por ejemplo, para el caso de la extensión universitaria— muy rara vez viene acompañado por recursos privados. Los pocos casos que se pueden mencionar están asociados a intereses muy concretos de desarrollo de innovaciones o productos que luego puedan tener inserción en el mercado. Pero, como sabemos, la investigación social, a no ser que se ligue a estudios de mercado, no entra en esa lógica. De modo que la dependencia del Estado y, por lo tanto, de las políticas de los gobiernos, es casi total.

Otra paradoja es que, al mismo tiempo que se produce esa necesidad y dependencia, hay cierta tendencia a pensar que el Estado y, sobre todo, los gobiernos, se equivocan y mucho. Es decir, solemos partir de cierta sospecha respecto de que vamos a encontrar mala praxis o concepciones equivocadas, justamente de aquel que nos financia, y eso no siempre es bueno. El que financia tiene algún prejuicio sobre lo que preferimos estudiar, y nosotros tenemos prejuicios sobre el que nos va a facilitar los recursos; y en ese circuito las sospechas

mutuas no benefician a nadie. Esto explica por qué, según entiendo, cuesta tanto que los académicos avancen en estudios que involucren a los municipios o a los gobiernos. A no ser que lleguen demandas muy específicas, como las que ahora vemos con el COVID-19.

En el plano ideal, diría que los gobiernos deben entender que las críticas no deben leerse desde lo negativo o destructivo, de modo que un informe sirva para corregir y no para demoler; acudir a la academia es fundamental, sobre todo si se piensa en la importante inversión que todo Estado hace en sus sistemas inteligentes. Por su parte, la academia tiene que entender que los gobiernos no son amigos o enemigos, sino que administran un Estado que requiere de conocimientos válidos y ese conocimiento repercutirá en la sociedad toda, no en el éxito o fracaso de su gestión.

E: En tus investigaciones, la relación del vínculo comunicación y desarrollo derivó en la profundización de la categoría “rurbanidad”. ¿Cuáles fueron los motivos para intentar comprenderla?

G. C.: Como muchos jóvenes, yo empecé a interesarme por cambiar el mundo. Parece un poco ambicioso, pero la juventud es ambiciosa. Claro que desde esa ambición a la realidad fui descubriendo que, antes de pensar cómo cambiar algo, debía conocerlo. Eso me llevó a interesarme por aquellas agencias que se dedicaban a trabajar con problemáticas del desarrollo, ya que justamente la literatura nos decía que allí había experiencia acumulada. Como venía formado en comunicación y luego con una maestría en extensión rural, canalicé ese interés atento a los ambientes rurales y sus problemáticas. Nada que me resultara extraño, ya que nací en un pequeño pueblo de la provincia de Santa Fe, similar a muchas colonias agropecuarias que viven, son y se

proyectan como rurales; aunque hoy diría “rurbanas”. De hecho, mi trabajo final de licenciatura ya trataba sobre cuestiones rurales en un mix que involucraba lo comunicacional, lo ambiental y lo situado, ya que la investigación tenía por campo al área rural de Río Cuarto donde realizaba mis estudios de grado.

En esos inicios, creo que luego fue determinante realizar la maestría en Brasil. Fue ese recorrido lo que me permitió llegar a la cuestión de la “rurbanidad”, en tanto concepto que me advirtió la necesidad de mirar los grises, las interpenetraciones, las mixturas y compenetraciones que tienen lo rural y lo urbano cuando ninguna de las categorías tradicionales por sí mismas agotan el objeto sobre el cual nos interrogamos. Diría, en esos términos, que Argentina es mucho más “rurbana” que “rural” o que “urbana”, porque cualquier delimitación taxativa que se haga requiere luego de abrir los paréntesis y el listado de excepciones. No por casualidad es que cualquiera de nuestros medios de comunicación ilustra la pobreza con imágenes de familias auxiliadas por carros y caballos para hacer su tarea diaria de recolectar residuos en las grandes o medianas ciudades argentinas. ¿Cómo hablar de esas imágenes o cómo explicar la presencia de esos dispositivos y animales en plena urbe, si no es pensando también desde la ruralidad que allí habita?

E.: Un texto de tu autoría, “Bufo, o de cómo los sapos nos ayudan a comprender el repliegue de las tesis clásicas”, es bien crítico de la burocratización de áreas científicas de apoyo a la investigación que impulsan informes en vez de tesis. ¿Cuál es el núcleo argumental de ese artículo?

G. C.: Yo empiezo ese artículo con un ejemplo de lo que sucede en otras disciplinas ligadas a las ciencias naturales: las biológicas. Mi impresión es que la

prensa o los medios, incluso audiovisuales, suelen dar mayor cobertura a temas ligados a estudios de esa índole y suponemos que, en consecuencia, también tienen buenos niveles de lectura o atención. Entonces me pregunto si en las ciencias sociales podemos producir artículos con igual cobertura e interés. Mi impresión es que no, y asocio esa infrecuencia o falta de espacio al hecho de que hay pocas novedades que contar. Que alguien que estudie a nuestras sociedades nos diga que cada vez más gente usa internet, mucho no agrega a lo que ya se sabe. Ahora, si en ese “más gente usa” aparecen otros datos, como qué pasa con los analfabetos que usan celulares, o qué pasa con los de muy bajos recursos y cómo acceden a la red sin el pago de abonos o datos y cómo les resulta crucial para su sobrevivencia, entonces sí ya hay otros elementos para considerar y pensar las sociedades en las que vivimos. Y nos falta enfocar esos detalles y valorar nuestros estudios para que no se muestren tan solo las obviedades, sino realmente aquello

que nos permita ver lo que no está en la superficie y que solo puede emerger si un esfuerzo de investigación lo provoca.

Con las tesis de posgrado de nuestros estudiantes nos pasa algo de todo eso que describo. Vienen estimulados por armar proyectos de investigación que conduzcan a sus tesis, pero descuidan la relevancia de lo que eventualmente puedan encontrar y producir. Y cuando digo relevancia, digo justamente aquello que pueda presentarse como cierta novedad, sea porque consiga responder a un desconocimiento sobre “x” cuestión o sea porque ofrece una nueva lectura sobre aquello puesto en foco. Así, se va perdiendo la idea de lo que debería ser una tesis en nuestro campo, por ejemplo, el doctoral, que implicaría nuevos conocimientos o relecturas renovadas de la sociedad y el mundo que nos toca transitar. Si eso no pasa, entonces la ciencia social no tiene nada para aportar.